

la ambicion y de la impudicicia , sino un hombre robusto , que empleaba su salud en servicio de aquel que le habia curado; ò por mejor decir, era un caritativo Medico, que sabia por su experiencia, hacia curas milagrosas en la persona de todos los enfermos que imploraban su socorro. No era yá, en fin, un muerto sepultado en la culpa; sino un Christiano resucitado por la gracia, que no tenia otros deseos que los del Cielo, ni otras esperanzas, que las de la eternidad.

Si vosotros estais aun en aquel estado deplorable, en que se hallaba Agustino quando Monica le lloraba; no desesperéis; la Iglesia tiene mayor ternura por vosotros, que Monica por Agustino; y si no os oponéis à sus ruegos con vuestra obstinacion, alcanzará de su Esposo, que la gracia, como luz, abra los ojos de vuestra alma; como fuerza, rompa vuestras cadenas; como medicina, cure vuestras enfermedades; como vida, os libre de la muerte; y despues de haberos resucitado en la tierra, os haga triunfantes en el Cielo. Amen.



SERMON

DE SAN BERNABÉ.

Segregate mihi Saulum & Barnabam in opus ad quod assumpsi eos. Actuum Apostolorum cap. 13. vers. 2.

SI alguna vez los Predicadores tuvieron motivo para interesarse en los elogios de un hombre mortal, es preciso decir, que fue en los de Bernabé, por haber sido elegido por Dios con San Pablo, para ser el Apostol de los Gentiles, y para predicar el Evangelio en todo el mundo. Hasta entonces, no habia sido Dios conocido, al parecer, mas que en la Judéa, ni su hijo parecia haber muerto, sino por la salvacion de los Judios. Pero la Mision de Bernabé nos asegura, que Dios quiso ser adorado en todo el Universo, y que Jesu-Christo fue sacrificado en la Cruz por la redencion de todos los hombres; porque la Mision de este Santo Apostol no reconoció terminos, pues fue comisionado por aquel Señor, que le embió con San Pablo, para correr todo el mundo, tomar posesion del Imperio que Jesu-Christo habia adquirido con su muerte, y predicar indistintamente á todos los pueblos de la tierra. Los Profetas no tenian permiso para salir de Judéa; y por grande que fuese la eloqüencia y la autoridad, que Dios les habia dado en el mundo, no podian usar de ellas, sino para con-

firmar al pueblo Judaico en la creencia, que yá tenia de la verdad, para sacarle del error; en caso de haber caído en él. Los Apostoles, por otra parte, aunque habian recibido ordenes, ó facultades mas extensas, no la tenian para predicar el Evangelio à los Gentiles, y el exemplo de su Maestro, que se habia ceñido à predicar unicamente en la Palestina, les prohibia el salir de ella. Mas hoy el Cielo nos mira favorablemente; porque no señaló límites à la predicacion de Bernabé, nos hace esperar, que no somos excluidos de la gracia de la redencion. Y respecto de que la Virgen, que recibió à los Gentiles en la persona de los Magos, se anticipó à nuestro Apostol, siendo la primera que nos abrió las puertas del Cielo, franqueandonos las de la Iglesia; antes de tratar de las obligaciones que debemos à San Bernabé, reconocamos las que debemos à esta Señora, diciendola con el Angel:

AVE MARIA.

Siendo cierto que San Bernabé fue con San Pablo el primer Apostol de los Gentiles, era preciso fuese tan perfecto, que pudiese servir de modelo à los demás; y que en su persona se encontrasen todas aquellas necesarias calidades, que constituyen un excelente Predicador; conviene à saber, era necesario, que estuviere desprendido del interés; que en todo, y por todo solamente buscase la gloria de Jesu-Christo; que no hiciese aprecio de los honores, ni aun de su vida; y que siempre se hallase dispuesto, para rubricar con su sangre la doctrina que hubiese predicado; y por consiguiente, sería facil, Señores, haceros ver que San Bernabé poseia todas estas ilus-

tres circunstancias; esto es, que habia renunciado todos los intereses de la tierra, respecto de que habia vendido todas sus posesiones, entregando el precio de ellas en manos de los Apostoles; que no respiraba sino la gloria del Hijo de Dios, pues su mayor deseo era el de adquirirle adoradores y siervos; que no apreciaba ni el honor, ni la vida, pues exponia prodigamente uno y otra por convertir à los pecadores; y en fin, que se hallaba bien preparado à padecer la muerte para confirmar el Evangelio, respecto de que añadió la gloria de Martyr à la de Apostol. Mas como para manifestar con la debida extension todas estas cosas, es muy reducido el tiempo de una hora, tened à bien, que compendiandolas en una sola, os haga ver, que San Bernabé fue la idea de un perfecto Predicador, porque despreciando su propia gloria, nunca buscó sino la de Jesu-Christo.

Y para hacer perceptible una verdad, que debe servir de apoyo à todos los elogios de este Apostol, permitidme decir, que los Predicadores pueden buscar su honor de quatro modos. El primero, quando no quieren consentir, ó no pueden sufrir compañeros de su ejercicio, ó de sus tareas; y à exemplo de los ambiciosos, quieren llevar toda la pena, para recibir tambien toda la gloria. El segundo, quando se introducen en el ministerio de la predicacion, sin ser llamados por el Hijo de Dios, ni embiados por aquellos que le representan en su Iglesia. El tercero, quando limitan su predicacion á cierto genero de gentes, lisonjeando sus inclinaciones è intereses. El quarto y ultimo, quando reciben las alabanzas que les dan, sin referirlas al que solamente las merece, por ser el principio, y el autor de todas las buenas obras. Lo qual supuesto, digo, que jamás hubo Predicador mas apar-

tado y ageno de la vanagloria que San Bernabé; pues siempre procuró tener compañeros en sus tareas; nunca emprendió cosa alguna, sino gobernado por el Espíritu Santo; prefirió asimismo los Gentiles á los Judios, quando estos se hicieron indignos de la predicacion Evangelica por su obstinacion; y finalmente, rechazó con valor y constancia todos los elogios que le fueron dados en el exercicio de su Ministerio. Y así, dadme una atencion sosegada, en la manifestacion de estas verdades.

PRIMER PUNTO.

Son los ambiciosos tan enemigos de la sociedad como los avaros. No pueden sufrir que otros les igualen en el mundo, y desde el momento en que se sublevaron contra Dios, formaron el designio de mandar á todos los hombres. Y así, no menos se ofenden de que se sacuda el yugo de su tyrania, que de que se les dispute su autoridad. Juzgan, que así como no hay mas que un Sol, así tampoco debe haber mas que un Soberano en el Universo. Qualquiera que no se les someta, es contrario suyo; y el que no pelea baxo de sus vanderas, experimenta toda la violencia de sus armas. Esta infelicidad pasa tambien con frecuencia del estado Secular al Eclesiastico. Inficiona á los Ministros del Evangelio, del mismo modo que á los Conquistadores; porque todos aquellos, que no buscan mas que su propria gloria en la predicacion, haciendo servir al Evangelio á su vanidad, no pueden sufrir rivales ó compañeros en este exercicio; y aun que la mies sea mucha, y los obreros pocos: *messis multa, operarii pauci*, quisieran ser solos en el Estado del Hijo de Dios, á fin de que ninguno otro par-

participase de la utilidad de su trabajo, ni de su gloria.

Estos infelices quisieran tener cien cuerpos, para ocupar todos los pulpitos, y otras tantas lenguas como la fabula atribuye á la fama, para ser oídos de todo el mundo. Buscan los empleos con mas ardor, que los ambiciosos pretenden los cargos; y juzgan haber ganado una batalla, quando han quitado un pulpito á un Predicador, que pudiera obscurecer su gloria, ó disminuir su reputacion. Estos, á la verdad, se predicán á sí mismos, y no á Jesu-Christo; y como la vanidad es el principio de todas sus acciones, se puede asegurar que tambien es el fin; pero que el Infierno será la recompensa. Los verdaderos Predicadores, que no respiran sino el honor de Jesu-Christo, desean que el Evangelio sea predicado, aun á expensas de su reputacion; y si tienen un poco de zelo, deben desear con San Pablo, que Jesu-Christo sea conocido, y predicado, aun á pesar de perder el Predicador su libertad.

Pues ahora: como el grande San Bernabé era un Predicador desinteresado; á quien el mismo Hijo de Dios habia puesto en su Iglesia, para que sirviese de modelo á los demás, tuvo en grado eminente aquella ventaja; y por consiguiente; jamás Ministro alguno de Jesu-Christo, puso tanto cuidado de ocultarse en sus empleos, haciendo recaer en otros la gloria de sus trabajos. Fue embiado á Antioquia para predicar el Evangelio: sus palabras, y exemplos convirtieron allí innumerables Gentiles y Judios, que le reconocieron y veneraron como á su Apostol y Padre. En virtud de esto, podia San Bernabé haber gozado de la gloria que sus trabajos le habían adquirido, y gobernar una Iglesia que habia fundado con

su predicación y desvelo. Mas no lo hizo así; sino que como estaba preparado à dividir el honor con otro, fue à Tharsis à buscar à San Pablo; llevóle consigo à Antioquía, y aunque estaba seguro de que la presencia de este Sol obscurecia el resplandor de su luz, y que luego que resonase allí el trueno de su eloqüencia, y que aquel Pueblo oyese su voz, escucharia con pena à otro qualquier Predicador; sin embargo, estas consideraciones, que hubieran podido herir al espíritu de un hombre soberbio, ó interesado, no fueron capaces de merecer la atención de nuestro Apostol; y así, llamó à San Pablo, para una conquista que ya estaba asegurada; y por consiguiente, le convidó para dividir con él los despojos que habia quitado al Demonio; le convidó, no al combate, sino al triunfo: porque à la verdad, nuestro generoso Apostol habia adelantado tanto esta obra por sus cuidados y sudores, que los Griegos y los Judios no respiraban ya sino la gloria de Jesu-Christo, y estaban tan bien dispuestos para recibir el Evangelio, que de los primeros sermones que predicó allí S. Pablo recogieron una abundantísima cosecha. Y à la verdad, eran estos divinos obreros tan conformes y unidos entre sí, que en todos sus trabajos y desvelos no miraban à otra cosa, ni tenían otro fin, que el de la gloria de su Maestro. Otros espíritus menos generosos se habrian inchado con tan felices sucesos; y viendo à la mas hermosa Ciudad del Oriente, subyugada por su eloqüencia, se hubieran dexado dominar de la vanagloria. Más como éstos estaban bien fundados en la humildad, y sabian, que ni el que planta, ni el que riega tiene valor alguno por sí mismo, diéron por sus espirituales conquistas todo el honor al Hijo de Dios, y que fuesen selladas con su nombre, res-

pecto de que se habian alcanzado con su bendicion, y con su gracia. Y así expliquemos estas verdades, que nos dan à conocer à un mismo tiempo la gloria de Jesu-Christo, y la modestia de sus Ministros.

Bien sé, oyentes muy amados, que el Espíritu Santo formó la Iglesia en el cenaculo de Sión, echando los fundamentos del sempiterno edificio, quando descendió en las lenguas de fuego sobre los Apostoles. Sé, que perfeccionó en aquel día la obra que habia tenido su principio sobre la montaña del Sinay; y que gravando el amor divino en el corazón de los Discipulos, les dió una ley, de quien la de Moyses no habia sido otra cosa que una sombra. Sé, en fin, que la Sinagoga fue sepultada en aquel feliz momento, levantandose ó erigiendose sobre sus ruynas la Iglesia de Jesu-Christo, para ser la dominante en todo el mundo. Pero tambien sé que esta Iglesia estaba encerrada por entonces en las murallas de Jerusalem; que solamente constaba de un reducidísimo numero de fieles, y que si gozaba de una ley, que era suficiente para conservarla, no tenia aun la fama ó nombre que era necesario para darse à conocer. Por cuyo motivo, fue poco à poco creciendo, por los sermones y milagros de San Pedro. De modo, que aquellos, que habian sido sus perseguidores, vinieron à ser sus hijos; y expiaron su parricidio, dice San Agustin, quando bebieron con el mayor respeto la sangre que habian derramado con la mayor injusticia. La persecucion suscitada contra los fieles, despues del martyrio de San Estevan, estendió la Iglesia en Samaria, porque los fugitivos Christianos, propagando la fé por donde quiera que pasaban, adquirieron nuevos hijos à su Madre. Las principales Ciudades de la Palestina adoraron à Jesu-Christo, à

Tom. II. Mm quien

quien Jerusalem habia cruelmente crucificado; y aun la misma Syria, conmovida de los prodigios que hacian los Apostoles y sus Discipulos, abrazó el partido del Hijo de Dios.

¶ Pero yo creo, que la Iglesia no tuvo todo su lustre y esplendor, hasta que se convirtió la Ciudad de Antioquia. Desde entonces, sin duda, empezó à gozar de consistencia, tomó un semblante razonable, recibió con publicidad el Bautismo, è impuso à sus hijos el glorioso nombre de Christianos. Y así, permitidme admirar aqui la modestia de nuestros Apostoles, en contraposicion de la vanidad de los infieles. Como estos no se desvelan sino por su propia gloria, tratan de darse à conocer por sus mismas obras, haciendo gravar sus nombres en las Ciudades que han fundado, ò en las Provincias que han adquirido. Persuadense, que su memoria se eternizará por medio de este artificio, y que viviendo de este modo en los siglos venideros, triunfarán, por consiguiente de la muerte y del olvido. Pero el suceso les hace ver quàn vanos son sus pensamientos; porque el tiempo que destruye sus edificios y sus conquistas, sepulta baxo de sus ruinas toda la gloria de su nombre. Mas los Apostoles, como fueron mas modestos que los conquistadores, no quisieron que la Iglesia llevase consigo el sobrescrito de su nombre, sin embargo de que sabian que habia de ser eterna. Y aunque habian contribuido con sus cuidados y desvelos à su establecimiento; aunque la habian regado con sus sudores, y cimentado con su propia sangre, dieron no obstante toda la gloria de este ilustre y eterno edificio all que era su verdadero fundamento. Y así, quando llegó la necesidad de darla nombre, no la dieron otro que el de su Esposo.

Por lo que respecta à San Pablo, y à San Bernabé, es ciertísimo, que no pensaron, ni aun remotamente en sus intereses, en una ocasion tan favorable sino que reconociendo, que no eran otra cosa que unos Ministros de Jesu-Christo, no quisieron por sus servicios otra recompensa, que la que recibieron en la eternidad. Y así, se ocultaron siempre baxo el nombre de Jesu-Christo, así como el Angel que dió la Ley à Moysés se ocultó bajo el nombre de la Magestad de Dios. Se eclipsaron ante su Maestro, como los astros en presencia del Sol. Y repitiendo las palabras de San Juan, enseñaron à todos los hombres, que era necesario humillarse, para que fuese ensalzado el Hijo de Dios: *Oportet ipsum crescere; me autem minui* (a). Los Apostoles eran los Esposos de la Iglesia, los fieles sus hijos; y así San Bernabé podia decir à los de Antioquia, lo que San Pablo decia à los de Corinto: *Per Evangelium ego vos genui* (b). Mas como no se habian desposado con la Iglesia sino en la persona, ò por medio de la persona del Hijo de Dios, no pretendieron dár à sus hijos otro nombre que el del mismo Señor. La Ley disponia, que en el caso de morir un hombre casado sin dexar sucesion, se desposase con la viuda un hermano del difunto; pero con la precisa condicion, de que los hijos de este segundo matrimonio llevasen el nombre del que habia muerto. Pues ahora, el Hijo de Dios, como notó San Agustin, se desposó con la Iglesia sobre la Cruz; y como, por su muerte, la dexaba solitaria, viuda, y afligida, obligó à sus hermanos à que se desposasen con ella despues de su muerte. Es-

Mm 2 tos,

(a) Joann. 3. v. 30. (b) 1.º Cor. 4.

tos, para dár cumplimiento à su ultima voluntad, lo executaron así; y para honrar juntamente su memoria, impusieron à los hijos de esta viuda ò de esta Iglesia el nombre de su primer Esposo, que habia muerto en la Cruz.

Esto fue lo que practicaron San Pablo y San Bernabé en Antioquía. Con su predicacion fecundizaron à la Iglesia, engendrando innumerables hijos en su casto seno, y haciendo renacer à su Padre en estos postumos inocentes. A estos hijos, pues, no les impusieron otro nombre que el de Jesu-Christo, intitulado Christianos à los hijos que tuvieron de esta Iglesia viuda en honra y gloria de su difunto Esposo; enseñandoles, por medio de tan augusto nombre, à reconocer que debian su glorioso nacimiento à la dolorosa muerte de su Padre. ¡Ah! qué pocos son los Predicadores, en este depravado siglo, que imitan la modestia y desinterés de nuestro Apostol! No, no buscamos nosotros, à la verdad, los intereses del Hijo de Dios, sino los nuestros. No predicamos su Evangelio, sino nuestros discursos. No atribuimos al socorro del Cielo los efectos de nuestras palabras, sino à nuestros talentos; sin reconocer, que por grandes que sean nuestras luces, no por eso dexamos de ser unos servidores inútiles. Sí. Nosotros herimos el oído de los que nos escuchan, pero no podemos mover el corazon. Y así, quando acontece que nuestras palabras consiguen la conversion de los pecadores, ò agregan nuevos hijos à la Iglesia, debemos reconocer humildemente con San Bernabé, que el autor y el padre de aquella conversion, y de estos hijos es Jesu-Christo.

Verdad es, que no solamente los Predicadores son culpables en lo que acabamos de decir, esto es, en no dar

dar toda la gloria de sus desvelos à Jesu-Christo. Los mismos fieles tienen tambien mucha parte en su vanidad; pues vemos que quando hacen algun servicio ò donativo à los templos, quieren que sus descendientes, y todos los siglos futuros tengan noticia de su liberalidad. Para este fin, hacen gravar sus sobervios titulos sobre las paredes de la Casa de Dios, estampan las armas de su nobleza en las mismas vestiduras sagradas, que sirven al Sacrificio del Altar, y vienen, en algun modo, à constituir à los Ministros que conducen estas muestras ò señales de su orgullo, esclavos de su ambicion y vanidad. Trabajad, pues, Señores, por la gloria de Jesu-Christo. Esconded vuestra mano quando haceis el donativo, ò quando socorreis al necesitado: y estad seguros, de que quando aliviáis la miseria del pobre, no haceis otra cosa que devolver al Hijo de Dios por justicia, lo que su Magestad os ha franqueado por su misericordia. Aprovechaos del exemplo de nuestros Apostoles. Aprovechaos del honor propio, ni se introduxeron por su eleccion en el ministerio Evangelico, como vereis en la continuacion de este discurso.

PUNTO SEGUNDO.

Es una extraña injusticia, à la verdad, que nadie pueda entrar en las casas de los grandes sin obtener su permiso, y que tantos se introduzcan en la familia de Jesu-Christo sin su beneplacito. Pues así sucede. Para llegar à ser domestico de algun Principe, es necesario captar antes su agrado; es necesasio haber tenido ya por algun tiempo el honor de acercarse à su persona. Pero la mayor parte de los Christianos se arrojan descaradamente en la Iglesia, sin consultar pa-

para esto la voluntad de Dios, ni la de sus Ministros. Solamente el interés es el que dirige en este caso sus deseos; y con tal que esperen honor y provecho en la casa de Dios, se empeñan ò se introducen en ella sin temor y sin vergüenza. Mas la Escritura Santa nos enseña, que para este fin debe preceder la vocacion. Que el que haya de servir al Altar, ha de ser llamado á este santo ministerio como Aaron. Que el introducirse en él sin este llamamiento es un delito, y que es mayor pecado aceptar sin meritos los cargos y dignidades de la Iglesia, que renunciarlos mereciéndolos. En la antigua Ley estaba anexa al nacimiento esta vocacion; pues todos los que nacian en la tribu de Leví, podian pretender ser Ministros del Altar. Antes que la Ley hiciese este reglamento, declaraba Dios su voluntad en este asunto por medio de un milagro; pues así como para testificar que el sacrificio le habia sido agradable, embiaba un fuego celestial que le consumiese; así tambien, para manifestar á los hombres la eleccion que habia hecho de alguno de ellos para el servicio de los Altares, baxaba del Cielo una luz, que se colocaba sobre la cabeza del electo. El mismo Jesu-Christo nuestro Soberano Pontífice no aceptó este cargo sin el consentimiento de su Eterno Padre; y aunque solamente vino al mundo para lavar con su sangre los pecados de los hombres, no quiso ingerirse en este empléo, sin recibir las ordenes del que le habia enviado.

En efecto, la misma razon nos persuade bastantemente, que el introducirse, sin vocacion, en los cargos de la Iglesia, es un atentado; porque si los Eclesiásticos son los domesticos del Hijo de Dios, ¿quién será tan insolente, que intente ser del numero de ellos contra su voluntad? Además, que si es im-

po-

posible desempeñar semejantes empleos sin el socorro de su gracia, ¿cómo pueden esperar este socorro aquellos á quienes su Magestad no ha elegido para él? Si deben declarar sus designios á los pueblos, ¿cómo podrán executar lo que no han merecido su confianza? Y finalmente, si se han ingerido por medio del artificio en su rebaño, ò se han introducido en él por la violencia, ¿qué pueden esperar del legitimo Pastor, sino una justa reprobacion y castigo? Vease aqui, por qué en la primitiva Iglesia ninguno entablaba la pretension de ser ordenado, sin consultar primero con su Obispo sus intenciones ò deseos. Este, asociado con su Clero, hacia públicas oraciones, para conocer la voluntad de Pontífice Soberano; y desde el momento en que admitia al pretendiente á los primeros grados de la gerarquía de la Iglesia, exigia de él una extraordinaria virtud, que le hiciese digno de ascender á los demás. Mas por no estenderme sobre un asunto, que pide discursos enteros, contentemonos con afianzar ò confirmar esta verdad con el exemplo de nuestros Apostoles.

San Pablo y San Bernabé habian sido llamados al servicio de Jesu-Christo; el primero por un medio extraordinario y milagroso; y el segundo por la unanime eleccion de los demás Apostoles. Uno y otro dieron, despues de su vocacion mil pruebas de su virtud y de su amor. Eran, á la verdad, del numero de aquellos generosos Athletas, que se habian consagrado á morir por el servicio del Señor. Y así, no respiraban sino por la gloria de su nombre, y por la extension de su Imperio, llevando impresas en sus personas las honrosas cicatrices que testificaban su animo y su valor. Habian, en fin, establecido la Iglesia en Antioquia, è impuesto á los nuevos fieles el mas augusto nombre,

bre, con que una criatura podia honrarse en el mundo; lo qual supuesto, no debia dudarse, al parecer, que los que habian dado tantos y tan ilustres testimonios de su virtud, fuesen capacisimos para el desempeño de los mayores empleos del Estado del Hijo de Dios. Sin embargo, Señores, estos grandes hombres no tuvieron valor para empeñarse en otra mision extraordinaria, hasta que el mismo Espiritu Santo los eligió, mandando à los fieles que segregasen à Pablo y à Bernabé, para el ministerio à que él los habia destinado: *Segregate mihi Paulum & Barnabam in opus ad quod assumpsi eos* (a). Pero mirad: no obstante este formal è imperioso mandato, con que el Espiritu Santo declaró su voluntad à la Iglesia en comun, y à los Apostoles en particular; no obstante, que por secretas, pero infalibles inspiraciones les habia dado à conocer sus designios, no dexaron con todo eso de congregarse en comunidad para deliberar sobre este asunto. Habia el Espiritu Santo, dice San Juan Chrysostomo, obrado como Soberano; habia hablado como aquel que gobernaba à toda la Iglesia: *Imperiosè in proprium eos opus vocavit, ut suam ostenderet potestatem* (b); y sin embargo, despues de una declaracion tan clara y tan fuerte, los Apostoles se congregaron para conferenciar, recurrieron à la oracion, pasaron muchos dias y muchas noches ayunando, y velando, à fin de que el Espiritu Santo bendixese un designio que no solamente les habia inspirado, sino mandado: *Tunc jejunantes & orantes imposuerunt illis manus, & demiserunt illos* (c).

Per-

(a) Act. 13. v. 2. (b) Chrys. hom. 74. in cant. 14. Joann.
 (c) Act. 13. v. 3.

Permitidme, Señores, manifestaros aqui las principales virtudes de San Bernabé, y las grandes obligaciones à su zelo, à su humildad, y à su obediencia. A su zelo; pues era extremadísimo su deseo, de que el Imperio del Hijo de Dios se extendiese por toda la redondez; que todos los hombres viniesen à ser vasallos suyos; y que los pueblos que vivian en las tinieblas del Paganismo recibiesen la luz del Evangelio. A su humildad; pues aunque deseó con tanto ardor la conversion de los Gentiles, y comprehendió por medio de los impulsos que recibia del Cielo, que estaba destinado para esta obra, con todo eso, esperó con paciencia el expreso mandamiento; y lexos de ingerirse ò precipitarse en ella, se entregó enteramente à la conducta de aquel Divino Espiritu, que debe ser el director de todos los fieles. A su obediencia; porque lo mismo fue recibir el orden de la Iglesia, que disponerse para aquella obra tan difícil è importante. Esta prontitud no era efecto de que él ignorase los peligros que habia de correr, ni los combates que habia de sufrir del Mundo y del Demonio; sino porque se creía dichosísimo, caso que perdiese la vida en la continuacion de una obra, que le habia costado la suya à su Maestro, obligandole à sacrificarse en la Cruz, para destruir las enemistades de todos los pueblos de la tierra: *Interficiens inimicitias in semetipso* (a).

Reparad aqui, Señores, dos exemplos muy importantes. El primero, que aunque San Bernabé deseaba con tan extremado zelo la salvacion de todos los hombres, no dió un paso en esta obra, hasta re-

Tom. II.

Nn

ci-

(a) Ad Ephes. 2. v. 16.

cibir las ordenes del Señor, y de la Iglesia. El segundo, que intimado que le fue este mandamiento, lo puso en execucion con una obediencia tan pronta como fiel. Y así, ¡quán diferentes somos nosotros, Señores míos, en todas estas disposiciones y circunstancias de nuestro Apostol! Nosotros, à la verdad, no consultamos ni al Espiritu Santo, ni à sus Ministros. Nuestra ambicion nos obliga à decir, como à los hijos del Zebedeo, que para todo tenemos disposicion, y suficiencia: *Possumus*. Somos prodigiosamente zelosos, quando algun suceso feliz lisonjea nuestra vanidad, y quando los aplausos nos hacen esperar algun cargo honorifico. Predicamos, en fin, el Evangelio, quando los intereses de Jesu-Christo se hermanan con los nuestros. Però quando los sucesos no corresponden à nuestras esperanzas; quando nuestros Auditorios nos abandonan; quando la Corte no nos atiende, y quando no nos acompaña otro lucro personal que el de la fatiga inseparable de este exercicio, nos falta el valor, se abate nuestro animo, y con nuestra infame cobardia manifestamos muy bien que no habiamos abrazado este empleo con otra mira que la de establecer nuestra fortuna. Mas nuestros Apostoles estaban tan distantes de estos bastardos intentos, que no buscaban en su predicacion otra gloria que la de morir por Jesu-Christo, siendo tan sordos à las voces de la carne y de la sangre, que abandonaron à los Judios por ir à predicar à los Gentiles, como vereis en la continuacion de este discurso.

PUNTO TERCERO.

Entre todas las Naciones de la tierra no hubo alguna, que conservase mejor la amistad, y el comercio

en-

entre sus Individuos, que la Judaica. Y así, por mas que ellos se hubiesen esparcido por el mundo, ò hubiesen caído en el cautiverio de otros pueblos estrangeros, siempre conservaron aquella union, que la Religion y el nacimiento les habian comunicado. En el mismo cautiverio se consolaban unos à otros; se fortalecian con la esperanza del Mesías, y tenian una entera confianza, de que este Señor pondria fin à todas sus infelicidades y trabajos. Y como esta estrechisima union tenia por fundamento la virtud, se habia apoderado hasta el corazon de los Apostoles, los quales tenian un zelo maravilloso por la conversion de sus hermanos. Esta fue la causa de que predicasen al principio unicamente à los Judios, sin acordarse de los Gentiles; y sea que ellos juzgasen, que los Gentiles estaban excluidos del beneficio de la Redencion, ò que no los tuviesen por capaces de entender nuestros misterios, lo cierto es, que no tenian con ellos el menor comercio. Mas luego que llegaron à entender, que Dios habia repulsado à los Judios para llamar à los Gentiles; luego que por una revelacion particular supieron que la puerta de la Iglesia estaba abierta para los Infieles, siguiendo los movimientos del Espiritu Santo, predicaron à todas las Naciones de la tierra.

Però ninguno, entre todos los Apostoles, obedició con mayor sumision este precepto, que Pablo y Bernabé; porque viendo que los Judios, tan obstinados como ciegos, se oponian à su predicacion, y con una malicia mas diabolica que humana, hacian guerra à sus razones y à sus milagros, mudaron su zelo en indignacion, y sirviendo de interpretes à Jesu-Christo, anunciaron el terrible decreto de reprobacion à estos incredulos: *Vobis oportebat primum loqui*

Nn 2

ver-

verbum Dei, sed quoniam repellitis illud, & indignos vos iudicatis vitæ æternæ, ecce convertimur ad gentes (a): en donde debéis notar tres ò quatro cosas considerables, que ensalzaron no poco la virtud de nuestros Apostoles. La primera es, su justicia en dar la preferencia de su predicacion à los Judios; porque estos, à la verdad, como hijos de Abraham, debian ser las primicias de las promesas del Señor; à ellos les habia dado su Magestad la Ley, de ellos habia descendido el Mesías; y à ellos, finalmente, habia honrado nuestro Salvador con su presencia, con su doctrina, y con sus milagros. La segunda es, su prudencia en declararles el decreto de su reprobacion, despues de bien experimentada su incredulidad; porque como ellos les dixeran, vosotros que habeis despreciado nuestras palabras, os habeis hecho indignos de la vida eterna. Os hemos mostrado el camino, os hemos abierto la puerta, os hemos hecho participantes de una gracia que Dios ofrece à todo el mundo, sin reusarla à ninguno; y esto no obstante, permanecéis en vuestra obstinacion; pues sabed, que vuestra eterna infelicidad está decretada. La tercera es, su dulzura; pues aunque hablaban con una plena libertad y sin temor alguno, no lo hacian con acrimonia, y mucho menos con furor ò descomedimiento. Y así, aunque el decreto que intimaron à los incredulos Judios era el mas terrible, que puede intimarse à hombre, usaron de unos terminos tan suaves y comedidos, que llenaron de admiracion à San Juan Chrysostomo: *Videte quantum habet mansuetudinem iunctam sermonis libertas* (b). La quarta finalmente

(a) A. R. 13. v. 46. (b) Chrys. hom. 30. in cap. 13. A. R. Ap.

es, el desprecio de su propio interés ò de su gloria; pues sin considerar que los Gentiles eran sus enemigos, que despreciaban la palabra de Dios en su boca, y que armarian à todas las criaturas contra los Predicadores de Jesu-Christo, aceptarom el partido; y obedientes al espiritu que los animaba para una empresa tan peligrosa como ardua, se resolvieron gustosos à abrazarla: *Ecce convertimur ad Gentes*. Consideremos, pues, las dificultades y los peligros, que vencieron estos dos Apostoles por nuestra salvacion, sin que olvidemos que en todos sus trabajos no buscaban otra gloria que la de su Maestro.

El mysterio de la Predestinacion es impenetrable al espiritu ò entendimiento del hombre; y si éste no pudo mantenerse sujeto à Dios en el estado de la inocencia, quando tenia para ello tanta facilidad, es indubitable, que ahora que su miseria solo le ha servido para aumentar su orgullo, encuentra mayor pena y dificultad en aquella sumision. En efecto, juzga el hombre, que su libertad ha padecido mucho por medio de aquella autoridad absoluta, que Dios ha manifestado en la reprobacion de los malos. No puede, asimismo, percibir, que Dios haya tratado diferentemente à unos sujetos, que halló embueltos sin distincion alguna en un mismo delito ò rebelion. Halla, finalmente, grandisima dificultad en imaginar, que un pecado, que se cometió un sin número de siglos antes de su nacimiento, pueda hacerle culpable; y sin hacerse cargo, de que el crimen de Lesa-Magestad pasa de padres à hijos, reclama continuamente con el pecado del primer hombre, murmurando de Dios, que tan severamente le castiga en sus descendientes. Sí. En vano le representais vosotros, que Dios es el Soberano de todos los hombres; que pue-

de disponer de ellos segun su voluntad; que el pecado le dió sobre ellos, al parecer, un nuevo poder, que le añadió un incontestable derecho para castigarlos, y que aunque sus juicios son ocultos y terribles, jamás son injustos, ni excesivos.

Pero todas estas dificultades se aumentan considerablemente, quando Dios, usando de su poder absoluto, reprueba enteramente à una Nacion para elegir à otra; pues mudando, al parecer, de sentimientos y de conducta, ama ahora lo que antes aborrecia, y aborrece lo que antes amaba, lo qual parece opuesto à su constancia y à su justicia; dando motivo para juzgar, que Dios es mudable como las criaturas; y que excluyendo à toda una Nacion del beneficio de la eterna salud, envuelve en un mismo castigo à los inocentes con los culpados. Y ved aqui lo que suspendia el entendimiento de los Apostoles, impidiendoles el conocer y aprobar la reprobacion de los Judios, y la eleccion de los Gentiles. Porque quando ellos hacian memoria de todas las gracias que Dios habia hecho à sus padres, y de todos los servicios que de estos habia recibido su Magestad, no podian persuadirse à que los intentase abandonar por elegir à los Infeles, que siempre habian sido sus enemigos.

Y de hecho, si consideramos el procedimiento de los Gentiles, hallaremos que le habian usurpado à Dios quatro cosas, que perteneciendo privativamente à su Magestad, las habian ellos dedicado al servicio del Demonio. Le habian, digo, construido templos, dedicado altares, ofrecido víctimas, è instituido Ministros y Sacerdotes: *Dæmonibus templa fabricata sunt à Gentibus, Dæmonibus arcæ constructæ, Dæmonibus oblata sacrificia, Dæmonibus vates insti-*

tu-

tuti (a). Pero lo mas aborrecible de los Gentiles, habia sido, sin duda, su pertinacia en la supersticion. Por manera, que por mas daños que el Demonio les habia causado, jamás se habian separado de su partido; y por el contrario, aunque Dios habia obrado varios milagros para ilustrarlos, jamás habian reconocido su grandeza, ni implorado su misericordia. Y asi, habiendo de juzgar sobre este asunto, segun los principios de la razon humana, no habia la menor apariencia, de que por elegir à los Gentiles, intentase Dios abandonar à los Judios. Sin embargo, cansado (digamoslo asi) de la obstinacion de estos segundos, y movido à misericordia por los primeros, abandonó su Magestad à sus antiguos adoradores, y eligió à sus antiguos enemigos; y manifestando lo que por espacio de tantos siglos habia reservado al conocimiento de los hombres, dió comision à los Apostoles, para que despreciando la conversion de los Judios, entablasen la predicacion de los Gentiles.

Este es el orden, que en este dia reciben y executan nuestros Apostoles, que sin atender à la carne ni à la sangre, intiman el decreto de muerte à sus hermanos, separandolos del gremio de la Iglesia, en castigo de su obstinacion. Moysés no habia podido, en otro tiempo, resolverse à practicar este rigor. Y asi, quando le mandó Dios, que dexase à un pueblo de corazon tan duro, y de tan soberbia cerviz, abogó por su causa, y consiguió el perdon de los rebeldes. Jonás se apartó de Ninive, no tanto por el temor del peligro, como por el amor que tenia à sus payanos; pues no podia conformarse con que Dios abandon-

do-

(a) Aug. in Psal. 94.

donase á sus hijos, por favorecer á sus esclavos. Pero nuestros Apostoles, que no tenían otro interés que el de Jesu-Christo, que despreciando su propia gloria, solo buscaban la de su Maestro; al punto que entendieron la voluntad de su Soberano, abandonaron á los Judios; y fueron á buscar á los Gentiles: *Ecce convertimur ad Gentes*. Como quien dice: nosotros dexamos nuestra Patria, para peregrinar todo el mundo; abandonamos á nuestros hermanos, para ir á predicar á nuestros enemigos; dexamos á Palestina, para establecernos en la Syria y en la Grecia; y aunque prevenimos innumerables peligros y dificultades en una empresa tan ardua, la abrazamos con alegría, teniendonos por dichosos en perder el honor y la vida para satisfacer nuestra obediencia, y nuestro amor á Jesu-Christo.

Decid la verdad, Señores, ¿se hallan en esta disposición los Predicadores de nuestro siglo? ¿Dexarian gustosos las grandes Ciudades, los sobervios teatros en que se manifiestan con mayor pompa y resplandor, por ir á predicar á las Aldeas, donde no hallan auditorios que lisonjeen su vanidad? ¿Atravesarian alegres los mares, para ir á catequizar á unos pueblos barbaros, que recompensan á los que los instruyen con la persecucion y el menosprecio? Pero por no inculcarme solamente en lo respectivo á los Ministros de la palabra de Dios, los Christianos de estos tiempos, decidme, ¿sacrificarian con placer todos sus intereses á la gloria de Jesu-Christo? ¿abrazarian la vergüenza y los trabajos, que son anexos á la virtud, y sobre todo, abandonarían á sus parientes y condenarían á sus amigos, por cumplir con las obligaciones de Discipulos de su Magestrado? Pues todo esto hicieron nuestros dos Apostoles

con

con toda la posible generosidad. Esto es lo que dicen á sus propios hermanos: *Ecce convertimur ad Gentes*. Y no juzguéis que hicieron esto, para buscar entre los infieles la aprobacion ó los aplausos que no hallaban entre los Judios; porque, como vereis en este ultimo punto, siempre despreciaron con el mayor denuedo los honores que estos les dispensaron.

PUNTO QUARTO.

De todas las pasiones de Adán, la que mayor estrago ha hecho en sus hijos es la ambicion; ó el deseo de gloria. Esta pasion, á la verdad, nace con ellos; y quando aun no tienen el uso de la razon, ni de las palabras, manifiestan ya algunos sentimientos de vanidad. Se ve que los infantes se contestan mutuamente, y el orgullo que ya los anima les dá emulacion por la preferencia y por la gloria. Y si este deseo les acompaña aun en la infancia, es claro que no los abandona en toda su vida. Quanto mas se van abanzando en edad, y aun en discernimiento, se hacen mas sobervios, y trabajan mas por adquirir honores. Se apartan con el tiempo de la incontinencia; se entibian con el uso sus placeres; llega, en fin, á reynar el espiritu sobre el cuerpo; mas la ambicion siempre, y en toda edad, triunfa del hombre. La avaricia misma, sin embargo de su insaciabilidad, suele curarse por la dificultad ó por los cuidados, que es necesario emplear para guardar lo que há adquirido; y sus riquezas llegan à serle odiosas, quando advierte, que en vez de servirle de reposo, la ocasionan inquietudes y dolores. Mas la ambicion jamás envejece en los orgullosos. De la debilidad de sus mismos cuerpos parece que recibe nuevas fuerzas; en los an-

cianos se halla mucho mas viva que en los juvenes; y aprovechandose, al parecer, de la victoria que ha conseguido sobre las demás pasiones, reyna absolutamente en sus voluntades. Decia un antiguo Filosofo, que asi como el corazon es el primero que vive y el ultimo que muere en el cuerpo del hombre; asi la ambicion es la que primero vive, y la que ultimo muere en su alma. Pero debia haber añadido, que está en ella tan prodigiosamente radicada, que ni aun la muerte es capaz de extinguirla. Consigo la llevan los hombres al otro mundo; y hasta el Infierno, que es el cumulo de la infelicidad, no cura el orgullo de los condenados.

Pero no solamente es obstinada esta pasion en los malos, sino en los buenos y justos. Este es, sin duda, el primero y el ultimo enemigo con quien tienen que combatir; y aun las victorias mismas que sobre él consiguen, son para ellos un nuevo motivo de temor; porque, como si la caída le diese fuerzas para levantarse, al modo del Antheo de la fabula, procura inspirar á los justos un pensamiento de vanidad por haberle vencido; y por consiguiendo el triunfo que han conseguido de él, los pone en un nuevo temor. Mas sin embargo de que este monstruo es tan temible en todos los estados y en todas las ocasiones, jamás debemos temerle tanto, como quando proviene de una boca sincera, que intenta persuadirnos, que los aplausos son la recompensa de nuestro merito. El Gran Padre San Agustin, confiesa, que se defendia facilmente de los honores, quando los consideraba distantes; pero que su presencia le hacia temblar, y que sufría todas las penas imaginables, para rechazar las alabanzas que le daba un amigo sencillo: *Non hujus laudis vires sentit nisi qui et bellum indixerit*.

quid est antiquum facile est laude carere dum negatur. difficile est ea non delectari dum offertur (a). No hay alguno, dice este hombre grande, que reconozca las fuerzas de este enemigo; como aquel que se opone á él, y le hace guerra; porque aunque es facil el pasarse un hombre sin las alabanzas, quando nadie se las dá, es dificultosísimo el rechazarlas, ó el no alegrarse quando se las ofrecen.

Y ved aqui el medio de que se valió la gloria humana para atacar á San Bernabé. Tomó su hermoso semblante para seducirle; se presentó á él como recompensa de su virtud, ó bien por la boca del pueblo, para que la tuviese por mas sincera; ó bien por la de los Sacerdotes, para que la reputase por mas justa y menos engañosa. Habia, á la verdad, predicado en Licaonia con un fruto el mas prodigioso; habia convertido á los pecadores con sus discursos, y curado á los enfermos con sus milagros; y admirado el pueblo de estos prodigios, quiso adorarle por Dios; y de luego á luego, levantando el grito, empezó á exclamar y decir, que los Dioses se habian hecho semejantes á los hombres; y habian honrado á su Ciudad con su presencia: *Dii similes facti hominibus descenderunt ad nos* (b). ¿No era, Señores, esta alabanza capaz de lisonjear á un conquistador? ¿No era suficiente para consternar la humildad y modestia de nuestro Apostol? El orgullo, á quien jamás falta algun pretexto, ¿no podia persuadirle, que representando, como de hecho representa, el Embaxador la persona de su Soberano, cuyos honores puede justamente recibir, podia él tambien ser trata-

(a) Aug. Epist. 64. (b) Actuum. Apost. 14. v. 10.

do como Dios en la tierra, respecto de que era Embaxador de un Dios? ¿No podia persuadirse, de que la gloria del Ministro resaltaria sobre la persona del Soberano, y que nunca ensalzaria él tanto la de Jesu-Christo, que en el hecho de dexar á este pueblo en la creencia de que sus Apostoles eran Dioses?

El Grande Agustino reparó en otra ocasion, que la mayor gloria de Dios, consistia en hacer Dioses, y en comunicar su poder y su grandeza á sus criaturas; pues explicando aquellas palabras del Psalmo 94: *Deus autem in medio deos dijudicat*, en donde representa á Dios como á un Soberano en medio de los hombres, á quienes ha hecho Dioses por su gracia; y comparandole con aquellos Dioses, que los hombres han hecho con sus manos, exclama el Santo Doctor, y dice: ¡Cuán grande es nuestro Dios, pues hace Dioses, y cuán ruines son estos Dioses á quienes los hombres han hecho tales! El nuestro es verdadero Dios, porque lo es por esencia ò por sí mismo, y nadie le ha dado la deidad; nosotros no lo somos como él, pues él es el que nos ha hecho Dioses; pero lo somos con mejor titulo, que aquellos á quien nosotros unicamente hemos hecho Dioses: *Quantus Deus est qui facit Deos! Et ideo ipse Deus verus, quia Deus non factus est. Nos autem facti non veri Dei, meliores tamen illis quos homo facit* (a). Esto supuesto, ¿no podia nuestro Apostol recibir un honor, que la Escritura misma concede á los hombres? ¿No podia aprovecharse de esta ocasion, para manifestar que Jesu-Christo era el Señor de todos los Dioses, respecto de que hasta sus mismos Ministros

(a) Aug. in Psalm. 94.

tros eran Dioses tambien? Sin duda lo podia haber hecho asi; y con tanta más facilidad, quanto los Sacerdotes de acuerdo con el pueblo tuvieron á Bernabé por un Jupiter por razon de su ayre magestoso, y á Pablo por Mercurio, á causa de su eloquencia, llegando hasta el extremo de intentar sacrificarles victimas: *Sacerdos quoque Jovis tauros & coronas ante januas offerens, cum populis volebat sacrificare.* Pero qué hicieron nuestros Apostoles, ò cómo se defendieron de un honor, que no es debido sino al verdadero Dios? ¿Sabeis qué? Mirad: rompieron sus vestiduras, que era señal del mayor sentimiento entre los Judios; se taparon los oídos, para no escuchar semejantes blasfemias; y llenos de zelo por la gloria de su Maestro, declararon á todo el pueblo, que ellos no eran mas que unos puros hombres mortales y semejantes á ellos; que unicamente habian venido á Licaonia, para sacar á sus habitadores de la supersticion en que yacian, y enseñarles, que los supremos honores que tributaban á los mentidos Dioses, solamente eran debidos al que crió el Cielo y la tierra: *Viri, quid hæc facitis, & nos mortales sumus similes vobis homines.* No os engañeis, les decian, nosotros no somos más que hombres, semejantes á vosotros, y no á Dios; mortales como vosotros, y no inmortales como Dios; á este Señor, pues, es á quien están reservados los sacrificios; y nuestro mayor deseo es, que despues de haber sido sus Ministros, podamos ser sus victimas, perdiendo la vida en su servicio. Sus deseos fueron cumplidos, pues San Pablo y San Bernabé fueron degollados, y añadieron de este modo la qualidad de Martyres á la de Apostoles.

Pero sin admirar su constancia en sufrir la muerte,

te, admiremos su humildad en reusar los honores, y confesemos lo muy distantes que estamos nosotros de semejante perfeccion. Sí. Las mas pequeñas ventajas nos llenan de vanidad, las alabanzas nos engrien, y sin pararnos á considerar si son justas ò fingidas, las recibimos indiferentemente de todo el mundo. Los elogios comunes nos fastidian; queremos que se nos trate como á Dioses, y se nos juzgue como á creadores de nuestros pensamientos. Deseamos, en fin, que nuestra gloria obscurezca la de los demás; y sin hacer memoria de que nada poseemos que no lo hayamos recibido, pretendemos que se nos estime por aquello mismo que está en nosotros. ¡ Ah! pensemos, Señores, en que solo á Dios pertenece la alabanza; y que es un atentado contra sus derechos, el buscarla nosotros en la tierra; y que es necesario renunciar la gloria del mundo, para merecer la del Cielo, donde todos seamos conducidos por Jesu-Christo, que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.



S E R M O N
DE LOS SANTOS GERVASIO
Y PROTASIO.

Vidi mulierem ebriam de sanguine Martyrum Jesu. Apocal. cap. 17. v. 3.

SI los Martyres no reynaran con el unico Hijo de Dios, y la gloria eterna no fuera la recompensa de sus trabajos, tendrian justo motivo para quejarse de nuestra debilidad ò de nuestra ingratitud. La razon es, porque ellos ni reciben en la tierra los honores debidos á su merito, ni nuestros Panegyricos corresponden á la santidad de sus acciones, ni á la excelencia de sus virtudes. A mas de esto, no suelen ser conocidos ni quando viven, ni aun despues de muertos; y quanto decimos de ellos, despues que los contemplamos en el Cielo, es tan sumamente inferior á su grandeza, que si ellos no atendieran mas á nuestras intenciones que á nuestras palabras, tendrian mas motivo de darse por ofendidos que honrados. Y asi, solamente Dios es quien los recompensa, y quien conoce sus merecimientos; y solamente los Santos, que reynan con ellos en el Cielo, podrán hablar dignamente de sus virtudes y de sus grandezas. Y este, Señores, es el motivo, de que para no caer en la misma desgracia que yo lloro, haya tomado el partido de emplear à un Santo para elogiar á nosotros